

CONSIDERACIONES SOBRE LA INDEPENDENCIA: TEMAS EN DEBATE¹

Gustavo Montoya

Reseña de:

Carmen Mc Evoy, Mauricio Novoa y Elías Palti (Eds.) *En el nudo del imperio*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos e Instituto Francés de Estudios Andinos, 2012; 499 p.

De tanto citarla, por el malestar que ello suele generar, la historiografía marxista sobre la independencia del tiempo del sesquicentenario ha terminado por convertirse en una sombra. Un fantasma que se resiste a la violencia del tiempo y de sus razones hermenéuticas. Tesis, ideas y sospechas, cuya fuente común fue el materialismo histórico de esa época, vienen siendo reformuladas, esclarecidas y sobre todo corregidas por una agresiva historiografía con sólida formación académica.

He optado por el ensayo para explorar y sugerir algunas preguntas y respuestas sobre la participación popular rural durante la guerra por la independencia en nuestro país: el Perú. No deja de asombrar la ligereza con que se afirmó la ausencia del pueblo en un acontecimiento de repercusiones continentales. ¿Es posible seguir sosteniendo que por efecto de la confluencia en el Perú de las dos fuerzas militares más avezadas del continente las poblaciones nativas hayan permanecido al margen y en silencio?

¹El presente texto es el resultado del sostenido diálogo con el erudito historiador Jorge Paredes. Mi gratitud a Francisco Quiroz.

Esta comunicación es un adelanto que pretende demostrar la existencia de esa épica plebeya rural supuestamente ausente durante el conflicto armado que congregó en nuestro país a guerreros de todo el continente; hacer visible cómo los peruanos de esa época determinaron su participación en la guerra y sobre todo explicar la naturaleza de dicha intervención y sus acciones. «Hechos» es el término más apropiado.

¿Qué ocurrió entre el otoño de 1820 —desembarco de la expedición libertadora— y la primavera de 1824 —batallas de Junín y Ayacucho— en el corazón territorial andino del virreinato peruano?

A este respecto, lo acontecido durante el Protectorado en la región rural de la sierra central cobra una importancia decisiva porque constituye uno de los capítulos inéditos justamente de la participación popular en un conflicto que, como se verá más adelante, fue sumamente complejo por la sorprendente y variopinta presencia de actores colectivos pasados y recientemente instituidos, precisamente por el desarrollo mismo de la guerra y que desbordan, para adelante y para atrás, los límites cronológicos tradicionalmente convencionales de 1820-1824, así como también el territorio «nacional», como lúcidamente han desarrollado, y lo siguen haciendo, Scarlett O'Phelan, Núria Sala i Vila, Cecilia Méndez, por solo mencionar tres enfoques realmente muy importantes.

Por cierto, no trato de corregir a los denostadores pasados y presentes sobre el papel de la expedición libertadora, que en conjunto lograron instituir imágenes, mejor sería decir retazos históricos, que sancionaban la figura de San Martín y el régimen del Protectorado en términos de negación, tanto por el supuesto inmovilismo militar como por el proyecto político que intentó llevar adelante. Una suerte de bostezo inexplicable, casi un enigma, cuando, paradójicamente, fue en esa coyuntura en la que se libraron las gestas de mayor heroicidad entre la plebe rural. Y ese silencio historiográfico, apenas reclamado en primer lugar por M. F. Paz Soldán, muy pronto fue olvidado por las sucesivas generaciones historiográficas que, por razones fácilmente explicables, entre ellas la ideológica (en verdad el plural sería lo más justo), sucumbieron a la fácil fórmula de la denuncia y la queja destemplada.

La riqueza y los peligros que supuso un inédito proceso de acumulación de experiencia militar, ideológica y política; eso fue en términos generales el Protectorado. Un laboratorio privilegiado al que concurrieron actores, experiencias,

sueños y pesadillas de todo el continente. El epílogo, en el *nudo del imperio* (una muy feliz expresión), de una guerra continental que se presentaba ante los ojos de occidente como la prolongación de sus temores y esperanzas, de sus aciertos y omisiones en torno a una de las preguntas políticas más radicales de la época: ¿cómo y por intermedio de qué tipo de instituciones podrían ser estabilizadas sociedades, países y comunidades que ingresaban a un nuevo período histórico ya abiertamente posabsolutista?

Los debates, especulaciones y esfuerzos teóricos por reformular el contenido de conceptos como *república, democracia, sociedad civil, ciudadanía y soberanía* convergieron en el virreinato peruano, siguiendo previsibles coordenadas históricas, efecto del inicio de la crisis imperial y del papel que asumió por ser el centro de la contrarrevolución. ¿Es posible imaginar desde este punto de vista otro lugar que no sea Lima como la sede de un complejo entramado de expectativas históricas durante esa época y que era seguida con ansiedad, vilo e incertidumbre por los principales actores políticos continentales de la época? Que Bolívar y San Martín hayan confluído en Guayaquil (julio de 1822) y que aquí desplegaran sus fuerzas militares y sus proyectos políticos, casi como una necesidad histórica, no hace sino confirmar la confluencia, en dos etapas pero íntimamente vinculadas, de dos clásicas corrientes revolucionarias bajo cuyos estandartes se liberaba un continente.

Sugiero que una oportuna estrategia hermenéutica sobre este tema debería contemplar el prudente alejamiento de toda forma de filiación, real o imaginaria, con respecto de adhesiones ideológicas contemporáneas de carácter «patriótico». No se trata de demostrar, disculpar, culpar, corregir o insinuar conclusiones. Lo aquí señalado puede dar la impresión de ser un lugar común a las prevenciones conocidas contra el anacronismo. Pero, por ello mismo, lo recurrente termina de ser tan conocido que se concluye por dejarlo de lado y esa es —hay que recordarlo— la esquina privilegiada de la que se valen las estrategias ideológicas y el asalto a la razón histórica. ¿Cómo alcanzarlo? Logrando aligerar y relativizar el conocimiento histórico que se nutre única y exclusivamente de informaciones provenientes de fuentes directas para trascender el eruditismo.

Debo señalar, asimismo, que este ensayo se nutre de las últimas investigaciones sobre la coyuntura aquí tratada. Me limitaré a indicar que un libro, mejor dicho, la mejor contribución que recoge lo adelantado hasta ahora es sin lugar

a dudas el libro *En el nudo del imperio*, bajo la iniciativa y el cuidado editorial de Carmen Mc Evoy, Mauricio Novoa y Elías Palti. Este libro enuncia, de modo sintético pero profundo, las actuales tendencias historiográficas sobre la guerra. Quisiera comentar solo superficialmente algunos de los trabajos ahí publicados.

Víctor Peralta Ruiz profundiza sus anteriores investigaciones sobre la cultura política de ese período, complejo, contradictorio y anterior a la proclamación de la independencia. Esas coyunturas escasamente investigadas son decisivas para explicar la singularidad de la guerra: la actitud y conducta de los diferentes grupos sociales; sus estrategias de adhesión, crisis y rupturas a determinados horizontes ideológicos, por encima de los lugares comunes en que se han convertido lo «patriota» y «realista» respectivamente.

En su texto «Estropeados por el despotismo», el autor plantea cómo de manera precoz un sector de la elite no solo limeña, enfrentada al Estado colonial, deslizó al debate filosófico el enfrentamiento político al que concurrieron con motivo de la crisis imperial en España. Sus estudios demuestran que estos grupos sociales elaboraron tempranamente una agenda reivindicativa de su derecho a gobernar desde un soporte doctrinal y epistemológico. Que no hayan apostado por una solución militar a sus expectativas se explica por la desproporción entre sus recursos y aquellos con los que contaba el poderoso centro de la contrarrevolución del continente como fue el virreinato peruano.

Frente a la rígida censura doctrinal y violenta profilaxis ideológica mediante la cual la metrópoli por intermedio de Abascal sometió a la elite ilustrada peruana, esta aprovechó los resquicios de la propia crisis de legitimidad para interponer sus cuestionamientos a la monarquía. Y el espacio elegido para proyectar su abierta sedición contra el despotismo fue el debatir y poner en tela de juicio los fundamentos teóricos y jurídicos básicos del sistema de dominio colonial. José Baquijano y Carrillo emerge en estas circunstancias como uno de los teóricos más aventajados.

José Antonio Aguilar y Rivera en su novedoso estudio en torno del pensamiento político de Manuel Lorenzo de Vidaurre (1773-1841), demuestra con solvencia que el pensamiento del autor del *Plan del Perú*, tuvo una originalidad sin precedentes entre sus contemporáneos, precisamente porque el peruano razonaba los eventos de los que fue testigo desde una posición límite. Una vez más aparece como evidencia analítica la centralidad del virreinato peruano, la densidad de su cultura política e ideológica y

sobre todo el hecho de ser el lugar de término de un fenómeno continental. Entonces, la audacia intelectual de Vidaurre debe ser explicada al interior de coordenadas comunes al continente pero con la salvedad de que el peruano incorporó a sus escritos el portentoso proceso de acumulación del que fue testigo y actor. «El dilema de la política» en Vidaurre es la seña no tanto del protagonismo peruano, sino de explicar esa centralidad como tendencia más que como un particularismo biográfico. La aparente contradicción que sucesivas narrativas sobre la independencia encontraron en el prominente miembro de la Audiencia del Cusco (1812-1814) ahora se presenta como lo que fue: el atrevimiento intelectual de un hombre que logró racionalizar a su tiempo como una singularidad y excepcionalidad histórica. Y para llevar adelante y realizar sus intuiciones cognoscitivas, el limeño no dudó en poner al descubierto todas sus capacidades y la formación heterodoxa que fue acumulando a través de una biografía tortuosa; plagada de dudas, avances y retrocesos. Vidaurre presenta entonces una tendencia, un fenómeno particular y general de su tiempo. Particular por la singularidad y atrevimiento académico, general porque fue parte de una corriente de pensamiento continental. Hibridez y mestizaje conceptual como fuentes de creación teórica y doctrinaria.

Que el autor de las *Cartas Americanas* haya traspuesto y sobrevivido todos los avatares de la revolución, desde sus inicios hasta su conclusión, y participado como teórico de la misma, ya es una experiencia que por sí misma demanda estudios más sistemáticos e integrales que, sin duda alguna, podrán iluminar por intermedio de su biografía el particularismo del pensamiento peruano independentista.

Carmen Mc Evoy nos ofrece un prolífico estudio de la comunidad de intelectuales y científicos peruanos que asistieron al proceso de la independencia desde la Sociedad Patriótica una vez más durante el Protectorado, cumpliendo un papel emblemático ya que pusieron al servicio del nuevo ordenamiento político tanto sus capacidades académicas como sus principios ideológicos, que si bien fueron aletargados por el tardío sistema de dominio colonial, en lo mostrado por esta autora es posible entrever una fórmula de compromiso patriótico revestida con el manto del conocimiento científico.

Que esta colaboración haya encontrado su límite luego de proclamada la independencia cuestiona seriamente esa retórica exigencia de los cronistas del sesquicentenario que exigieron a estos hombres una actitud que en realidad era un

pálido reflejo de sus biografías políticas, entonces en curso, y cuyo dramático epílogo, aunque conocido, aguarda a nuevos historiadores que por esa vía inaugurarán nuevas sendas de interpretación del actual y prometedor proceso histórico peruano.

En este escenario, Hipólito Unanue aparece como el abanderado de una actitud, un carácter, una tendencia, un modo concreto de experimentar la peruanidad durante aquellos convulsos y desordenados años. ¿Cómo no incluir en la explicación de las acciones del sabio peruano el hecho de que él era plenamente consciente — visible en sus escritos y acciones como autoridad— de ser el depositario de una tendencia continental que exigía en su persona la cristalización de un particular modelo de *aggiornamento* político y doctrinal?

Entonces, la expresión cruda y hasta despectiva de un prominente líder de la historiografía de la nueva izquierda sobre la independencia, y que señalaba a Unanue como la perfecta imagen del oportunista, da lugar a nuevas miradas. Que Unanue haya sido un prominente miembro en los espacios académicos durante el tardío período colonial, que haya sido convocado por San Martín y luego por Bolívar, no solo hace de su biografía un modelo de científico aún por armar, sino que delata una asombrosa entereza ontológica que fue edificándose al compás de la guerra, de un conflicto del que él, Unanue, fue en parte testigo y actor. ¿No es esta una biografía épica que merece una atención más prudente de aquella que fue labrada por la historiografía altamente ideologizada de los años 70 y 80?

Uno puede imaginar de Unanue el talante elástico y la expresión aguda de sus ojos grises y ensayar un fresco histórico del cenáculo compacto que logró convocar el precoz ariqueño. Una elite blindada que ni aun la aspereza y el irreductible antagonismo de los bandos en conflicto pudo neutralizar. Con todo, me parece que es necesario explorar otras y complementarias estrategias hermenéuticas que permitan confirmar con mayor contundencia lo adelantado por Mc Evoy en el sentido que: «los médicos y filósofos peruanos construyeron su propia autoridad política y científica en el período de tránsito entre colonia y república».

Mauricio Novoa profundiza el conocimiento de la elite intelectual limeña en su texto: «Juristas, eclesiásticos y oficiales del Rey: los abogados de la Audiencia de Lima antes de la independencia». Un exhaustivo trabajo de archivo sobre los colegios mayores y San Marcos le permite exhibir el acentuado origen aristocrático de buena parte de los mismos. Muchos de estos juristas,

que se incorporaron a la Audiencia de Lima entre 1750 y 1821, constituyeron un compacto grupo de privilegio que firmó el acta de la independencia. Juristas entre cuyas filas luego se hallarían prominentes teóricos de la fórmula republicana como Manuel Pérez de Tudela o constituyentes como Manuel Antonio Colmenares.

Pedro M. Guibovich Pérez adelanta en su artículo «Letras de molde y de revolución: la imprenta durante la guerra de la independencia» una línea de reflexión ya sugerida tenuemente por Raúl Porras. El autor avanza sobre lo explorado y nos propone valiosas explicaciones sobre la base de un riguroso trabajo heurístico de fuentes directas. En efecto, la primavera editorial que emergió por efecto del liberalismo gaditano tuvo en el virreinato peruano características muy concretas. La importancia que los realistas y patriotas le asignaron a la prensa escrita y que el autor muestra con solvencia, es efectivamente un aspecto poco conocido de la revolución independentista.

Que el uso de la imprenta haya cobrado una importancia decisiva, por ejemplo, durante el Protectorado y con el énfasis puesto más en escenarios urbanos —pero no ausentes en espacios rurales—, da cuenta de la intensidad de la lucha y enfrentamiento ideológico que patriotas y realistas protagonizaron en una esfera de opinión pública muy particular y que se distancia de los lugares comunes que a este concepto se le ha asignado desde los centros metropolitanos de la historiografía sobre las revoluciones occidentales.

Entre 1820 y 1824 emergió en nuestro país, como parte constitutiva de la guerra, una nueva cultura política proyectando un complejo vocabulario ideológico; las palabras y las cosas mudaban de sus acepciones corrientes conforme se sucedían los movimientos nerviosos de las ciudades, pueblos y regiones. Una babel doctrinaria que recogía las aspiraciones y frustraciones en primer término de la minoría ilustrada y por intermedio de esta se vulgarizaba de manera desigual y combinada entre la plebe iletrada.

Carlos Gálvez-Peña ofrece un impecable análisis de sermones predicados entre 1811 y 1850, para mostrar las rupturas y continuidades en sus contenidos y por ese camino hacer visible el papel del clero antes, durante y después de la independencia. Su investigación no se limita a Lima. Por el contrario, ofrece un mosaico de escenarios donde es posible comprobar una vez más las estrategias

de adhesión, crítica o ruptura que el clero peruano llevó adelante en coyunturas concretas y de acuerdo a certidumbres ideológicas sumamente permeables.

Los sermones son documentos políticos que en unos casos anteceden a la guerra e intentan racionalizarlos en función de intereses concretos. Lo que da sentido a su elaboración es la incrustación de sus argumentos en el nervio mismo del conflicto, y por lo tanto no es posible desligar su interpretación de las coyunturas en que fueron elaboradas. Se trata entonces de indagar los espacios de confluencia entre el acto de la guerra y el abrevadero de la política que en unos casos le antecede y en otros es su prolongación.

Nuevamente, ¿oportunismo entre el clero peruano? Más que aquello. Se trata de una guerra. Y aquí vale interponer inversamente el célebre aserto de un teórico contemporáneo de la independencia hispanoamericana como fue el hegeliano teniente de artillería Carl von Clausewitz e incorporar como evidencia analítica que si bien la guerra es la continuación de la política por otros medios, entonces también: «El mismo fin político como motivo originario de la guerra nos dará la medida así para el resultado que pretende alcanzarse por medio del acto guerrero, como para los esfuerzos que deben realizarse».

Gálvez-Peña traza un horizonte decisivo en la explicación de los vínculos, compromisos, rupturas y enfrentamientos entre el clero y el estado colonial, durante la Independencia y luego durante la temprana República. De sus conclusiones se puede colegir que las relaciones entre la Iglesia y el Estado en el Perú ofrecen un cuadro de complejos vínculos estructurales. Los sermones y los autores que analiza este autor dan cuenta del protagonismo estelar que cumplieron los miembros de la Iglesia en nuestra independencia. Que sus adhesiones hayan mostrado idas y venidas entre los contendientes, expone la fortaleza de sus recursos argumentativos como la sagacidad retórica de sus sermones. La virtud y la fortuna aparecen aquí como condiciones imperativas para trasponer el descoyuntamiento de un país antiguo.

Queda pendiente, por cierto, una exploración de la prolífica documentación existente sobre los sermones del bajo clero en la región andina durante los años que van de 1820 a 1824, un período brevísimo, pero determinante para la configuración de lealtades y disidencias hacia realistas y patriotas. Fue alrededor del púlpito desde donde se desplegaron diversas formas de pedagogía política con contenidos muchas veces contrapuestos. Y no podía ser de otro modo, pues la ausencia de un Ejército

propiamente peruano nativo y enfrentado a las armas del Rey, que sí estaban compuestos por peruanos, debe ser la evidencia empírica que explique en parte los giros, matices, modificaciones y omisiones de las prédicas y sermones producidos por el bajo clero peruano en los Andes.

Lima aparece, en el trabajo de María Soledad Barbón, como lo que fue durante la guerra, el centro simbólico de la contrarrevolución continental y, por lo mismo, el lugar al que debían confluir densas y variopintas aspiraciones retóricas que buscaban en conjunto trastocar el complejo entramado de rituales públicos de control social y dominio ideológico que evocaban al despotismo. Me parece que desde este punto de vista la capital del virreinato aparece como actor, pero sobre todo como el escenario de la conclusión de la guerra; y esta última variable es la que también contribuye a explicar las adhesiones y disidencias de sus corporaciones y los miembros que la conformaban. Las continuidades y rupturas que la autora ofrece de las intervenciones y elaboraciones, cívico rituales sobre todo, de los patriotas entre las mayorías sociales son la piedra de toque para ensayar nuevas explicaciones que superen la búsqueda afiebrada de lealtades progresivas entre diversos grupos sociales hacia la independencia.

Entre «la muy noble y muy leal y la heroica y esforzada Lima», median las iniciativas locales de defensa militar del imperio y las repercusiones revolucionarias periféricas de la guerra. Como ya adelantó Natalia Sobrevilla, son casi dos décadas en las que se sucedían profundas alteraciones de las lealtades y disidencias. De rupturas y continuidades. Y este quiebre histórico hubo de expresarse sintéticamente en la esfera de la disputa simbólica y estética tensamente expuestas por las razones ideológicas de los contendientes.

José de la Puente Brunke replantea los desencuentros entre el comando político y militar realista de la época. Distinguiendo entre las diferencias y discrepancias ideológicas y las estrategias bélicas, pone de manifiesto el peso que este fenómeno tuvo en la aceleración de los eventos políticos y militares. El punto nodal es: ¿La defección del batallón realista Numancia, en diciembre de 1820, constituyó el epílogo desencadenador de un conjunto de consideraciones políticas y militares que los conjurados de Aznapuquio (enero 1821) venían acumulando desde el desembarco de las tropas libertadoras en el Perú y que tenía como último objetivo relevar a Pezuela del poder?

Solo comprobar el quiebre del comando realista en circunstancias tan delicadas como el arribo de la expedición libertadora al Perú ya es en sí misma una variable poderosa para un estudio más amplio de lo acontecido en el proceso independentista peruano. Y por si fuera poco, la posterior disidencia y abierta rebeldía de Olañeta —con el agravante que fue después de Ayacucho— en el sur andino no hace sino complejizar esa imagen bucólica, casi controlada, que sobre la independencia peruana fue edificándose.

Del «atolondramiento y confusión» —para usar la expresión que sirve de título al estudio que nos ocupa— que reinó entre la elite militar y política realista, emergen dos figuras que pueden aportar argumentos sugerentes para explicar las diferencias entre los realistas en conflicto: El criollo nacido en Cuenca, general realista primero y luego patriota, José de la Mar y el capitán de fragata y comisionado regio Miguel de Abreu. El primero encarna, a pesar de su carácter extranjero, que será motivo de discordia en las elecciones de 1827, a un importante sector de la elite peruana que asistió a la guerra en medio de sobresaltos, precisamente por la compleja filiación identitaria que poseían. Pocos como La Mar encarnan el profundo desgarramiento interno y el vuelco emocional que la independencia impuso a su grupo social.

Es necesario, como insistía el inolvidable Carlos Franco, hacer el esfuerzo por meterse en la piel, la mente y corazón de personajes como La Mar. Explicarlos. ¿Acaso es necesario recordar que cuando cayó el Protectorado y se erigió el primer congreso y había que «inventar» un régimen intermedio que la mayoría republicana de la asamblea exigía, la titularidad del órgano ejecutivo de la Junta Gubernativa recayó precisamente en La Mar?

Y desde la otra esquina, habría que preguntarse y responder acerca de por qué Abreu se entrevistó primero con San Martín en el norte chico y no con La Serna. Lo acontecido en Punchauca fue un duro revés a lo que Abreu y La Mar, cada uno por su lado, venían gestando. Prescindiendo de esta hipótesis, ¿existirían Ecuador y Bolivia como Estados independientes de haberse llevado adelante el sentido de sus proyecciones territoriales tanto de Pezuela, La Mar y Abreu?

Lo que De la Puente Brunke ofrece en su artículo es un sendero seguro y una agenda historiográfica decisiva para explicar uno de los ángulos de la conducta del Estado colonial peruano y la de sus dirigentes más conspicuos. Una vez más,

emerge por la fuerza de lo acontecido la peculiaridad continental que en este caso ofrecieron la elite militar realista aún gobernante.

Uno de los estudios más sugerentes en la compilación que vengo reseñando es: «Una aristocracia ambivalente» de Paul Rizo Patrón. Este artículo hace frente a varios de los estigmas y calificativos artificiosamente contruidos sobre la independencia: *concedida, a regañadientes, ambigua, controlada* y demás adjetivaciones que se han instalado. Torre Tagle, Riva Agüero y Berindoaga, prominentes miembros de la elite virreinal, aparecen en estas narrativas como frágiles marionetas que sucumben a los rigores, perversiones y el realismo político de los señores de la guerra: San Martín y Bolívar.

Pero una explicación histórica coherente de la conducta y el papel que les tocó cumplir a estos personajes requiere, en primer término, hacer el esfuerzo analítico de razonar los hechos desde sus circunstancias de época. Admitir que en primer lugar, conscientes de la excepcionalidad histórica que les tocó vivir, no dudaron en ser actores y aceptar responsabilidades de envergadura política. Podían haberse exiliado. Pero sus recientes biografías políticas y certezas ideológicas les impidieron tomar la precaución de esperar el resultado de la guerra.

Un contrapunto entre el precoz «patriotismo» peruano (porque también existieron extensos grupos sociales que se denominaban a sí mismos patriotas peruanos realistas, no hay que olvidarlo), como es el caso, por ejemplo, de Torre Tagle, Riva Agüero y Berindoaga, y la tardía adhesión de Gamarra, Castilla y Santa Cruz a San Martín deja amplios y aún inexplorados márgenes de investigación sobre ambos grupos sociales. Grupos que presentan notables diferencias sociales, étnicas y culturales. Habría que incluir aquí a personajes como La Mar y Goyeneche como miembros emblemáticos de un complejo entramado identitario. Todos los nombrados como tipos ideales que encarnan a vastos grupos sociales.

Si algo percibieron con gran sagacidad primero Riva Agüero y luego Torre Tagle fue que el curso de la guerra continental amenazaba con una secesión del territorio peruano, como luego efectivamente se produjo. Su compromiso y perseverancia hasta arribar a situaciones límites hay que buscarla en estos escenarios. El de haber asumido la representación de una clase dirigente seriamente amenazada por las dos grandes corrientes libertadoras y los intereses concretos presentes en los recientes estados que la financiaron. El mayor desconcierto que hubieron de

enfrentar emergió durante la brevísima pero densa coyuntura política que media entre la liquidación del Protectorado (julio-setiembre 1822) y la dictadura bolivariana (setiembre 1823). Es decir, durante la configuración de partidos y facciones entre la incipiente clase republicana limeña sobre todo, tal como lo ha mostrado el estudio de Elías José Palti.

Movimiento de masas en Lima que culminó con la expulsión de Monteagudo. Elecciones e instalación del Congreso. Junta Gubernativa como régimen. Motín en Balconcillo y presidencia de Riva Agüero. Ingreso de los realistas a Lima. Sucre como la avanzada bolivariana y que era el depositario del poder. Y cada uno de estos actos requiere por supuesto un acercamiento particular a los mismos pero sin descuidar sus vínculos con el proceso general de la guerra en curso. Establecer las articulaciones de causas y efectos sobre la base de filiaciones heurísticas sólidas.

En el anterior contexto se entiende por qué Riva Agüero y Torre Tagle hubieron de exiliarse. Que sus proyectos fueran derrotados también fue una forma de exhibir una suerte de resistencia de la élite peruana, primero al monarquismo sanmartiniano y luego al posterior proyecto vitalicio bolivariano. Porque el razonamiento histórico también se construye desde las consecuencias inmediatas a los acontecimientos que se pretenden reconstruir.

Desde sus particulares circunstancias, la élite limeña no podía dejar de prestar atención a sus intereses y a sus discrepancias con sus aliados y oponentes periféricos: chilenos, argentinos y colombianos. Aristócratas y plebeyos, indios, negros y mestizos peruanos participaron de la independencia peruana desde sus imperativos sociales, étnicos y culturales. La historia de la guerra no está hecha de buenos ni de malos. Todos son nuestros muertos. Hallar el equilibrio entre los conflictos, intereses y la confluencia de grupos e individualidades es todo un desafío, un reto.

Después de todo, y en la misma compilación, Carolina Guerrero y Ana María Stuken han mostrado, diáfananamente, los cálculos, especulaciones e intereses de corto y mediano plazo que en sus lugares de origen atravesaron la presencia militar sanmartiniana y bolivariana, respectivamente. Sería oportuno por ello volver a insistir en el doble carácter de ejércitos de ocupación y de liberación con que rápidamente fueron percibidas —por la mayoría de grupos sociales de la época y de acuerdo al curso de la guerra— ambas expediciones militares.

Pero la explicación, a mi juicio más consistente a las preguntas de Rizo Patrón tiene que ver con el imprescindible artículo de Cristina Ana Mazzeo: «Lima en la agonía del régimen colonial y la guerra». Un fino análisis de las contribuciones que realizaron, a ambos ejércitos, prominentes miembros del Tribunal del Consulado primero y la Cámara de Comercio después, entre los años 1820 y 1826, explica en buena cuenta la ambigüedad de la elite en general y el patriotismo o realismo que exhibieron en particular.

Aquí estamos frente a una clase propietaria que asumió la independencia con sus costos, riesgos y pérdidas. No quitaron el cuerpo ante la convergencia en el Perú de una guerra que se inició dos décadas antes en la península y que removió pueblos, mentes y corazones de todo el continente. Y este es un hecho tanto más importante por cuanto se trata de elites que siguieron el conflicto por intermedio de informaciones de carácter privilegiado. Con todas las actitudes de dudas y sobresaltos que supusieron.

Natalia Sobrevilla en su texto «De vasallos a ciudadanos» ensaya una audaz periodificación de la guerra reintroduciendo una tesis ya contemplada en diversos registros por los líderes de las guerras en primer término, luego por autores como Miller y ciertamente M. F. Paz Soldán y Sebastián Lorente: La independencia en el Perú, sostiene Sobrevilla, «Considerando en su sentido amplio, duró casi veinte años, y los peruanos se encontraron en ambos lados del conflicto, luchando algunos por la preservación de los lazos con la península y otros por la independencia». Pero para llevar adelante la comprobación empírica, el desmontaje documental y sus filiaciones heurísticas de semejante afirmación se requiere de una amplia casuística y los indispensables estudios monográficos, felizmente en curso.

Otro de sus intereses es mostrar las continuidades entre las milicias coloniales y el ejército «nacional» y el proceso ideológico que vinculó a esta plebe armada, logrando galvanizar entre ellas nociones de pertenencia asociadas a la ciudadanía y a la democracia.

Sobre lo primero, Gabriella Chiaramonti ha publicado sendas investigaciones que ponen al descubierto la complejidad diacrónica y territorial de su gestación y extensiva a la mayoría de grupos sociales de la época y en todo el continente. Con respecto a la democracia en sus múltiples acepciones, sea como experiencia y derecho civil, sea como régimen político y como doctrina, hay aún mucha, pero

mucha tela por cortar. Ya Basadre, en *La iniciación de la República*, uno de sus libros más bellos, había llamado la atención en torno al carácter «tropical» de la democracia en este continente. Holismo y tropos hacen de las suyas ante la perplejidad de diferentes corrientes historiográficas. La sentencia de Benedetto Croce de que toda la historia es historia contemporánea emerge aquí más como una amenaza y enigma que como promesa.

Los avatares de la guerra que median entre las acciones de Goyeneche y Bolívar configuran efectivamente un extenso territorio de conflicto en el que se disolvieron antiguos y recientes antagonismos de clase, casta, étnicos, económicos y territoriales. Y por si fuera poco, la puesta en práctica de los interregnos gaditanos supuso una traumática distorsión. Y refiriéndose de manera puntual a todo el segmento criollo que participó en uno y otro lado de la guerra, agudamente sostiene Sobrevilla: «La represión contra la revolución de Túpac Amaru los marcó a todos». Y más adelante: «La historiografía sobre cómo se reprimió la gran rebelión coincide en que a raíz de ella, las élites desataron una ola de miedo entre los grupos indígenas en los Andes».

En el nudo del imperio es una compilación de investigaciones que definitivamente marcan un antes y un después en las exploraciones en curso sobre la independencia en el Perú. Como era previsible, la reflexión histórica que se nutre bajo el paraguas del Bicentenario converge siguiendo la propia dinámica de la guerra en nuestro país. En sus dos acepciones, como experiencia y como representación, la historia vuelve a ocupar el lugar privilegiado que la condición humana le ha asignado. No deja de asombrar que nuestro país, precisamente en vísperas del bicentenario, asista a una nueva oportunidad para que el Estado y la nación estrechen esos hondos y terribles desencuentros.

No me parece por cierto que sea un imperativo derribar el sagrado mito de la objetividad a que todo historiador aspira, como señala un joven y talentoso historiador. La conocida figura que previene no arrojar al niño con el agua sucia de la bañera pueda quizás hacer reconsiderar que justamente es en la rigurosidad y en la búsqueda de objetividad en que se adelanta ya no tanto el conocimiento de la «verdad» en lo acontecido, sino la posibilidad de razonar, ahora sí, el futuro, dentro del mayor número de posibilidades.